

Las Vaquitas del Quilpo

(Y una demostración de pseudo-libertad)

@ Pablo Hafliger

©2008 Ediciones Ánima: www.anima.org.ar



Terminábamos de hacer una pausa relajadora a orillas del río, recostados sobre una enorme roca tibia que se encontraba, como si la naturaleza hubiera predispuesto para ella una función similar a la de un balcón o un mirador, a unos 5 o 6 metros del nivel del suelo, situación que nos dejaba la posibilidad de quedar acostados viendo la longitud de río que nos permitían nuestros ojos, y disfrutando de un silencio de voces y ruidos humanos impagable, silencio sólo asaltado por los sincronizados, hermosos estruendos de aguas batiéndose en las pequeñas cascadas que se forman cuando el fondo de piedras del río efectuaba un declive, esos pequeños escalones que hacen que, mirando en detalle sólo esa pequeña parte, se asemeje a una versión en miniatura de grandes cataratas.

Todo el conjunto hace de ese sitio una postal digna de sueños; el sol irradiaba con fuerza, sólo interrumpido por nubes de rápido andar. Se acercaba una posible lluvia de comienzos de primavera (muy esperada en esos días por los lugareños que poseen grandes plantaciones, huertas y cultivos caseros), el verde de los árboles que descendía de sus ramas como techando parte de las cristalinas aguas debajo, el sonido de los cientos de pájaros que habitan los alrededores, y ese silencio de humanidades que tanto deseaba escuchar. Ni vehículos, ni celulares, ni fábricas rechinando maquinarias, ni gritos de histeria urbana, nada. Todo sonido posible de oír era parte de un ecosistema en equilibrio en su máxima expresión. La sumatoria hacia que el día se dibujase perfecto, pero estaría ocultando la verdad si no mencionara algo importantísimo, y es que todo aquello se elevaba a la divinidad porque yo disfrutaba de una compañía especial, como es la de mi hija, compañera fiel y guía fundamental de la excursión que llevábamos a cabo (Ella ya había visitado algunas veces antes el lugar, y para mí era la primera).

Terminábamos de degustar unas milanesas de arvejas que habíamos preparado en sándwiches para almorzar allí, la bebida elegida por mi compañera fue jugo de manzanas.

Comenzamos a caminar en sentido contrario al que estábamos haciendo hasta antes de la parada, no queríamos que el sol bajara y nos encontrara aún más lejos de donde estábamos alojados, así que decidimos volver sobre nuestros pasos pero pasarnos igualmente del lugar por el que llegamos al río y emprender ahora el camino hacia la derecha de la entrada,

el cual no habíamos descubierto aún. El nivel del agua bajaba hacia allá, y todo se calmaba todavía un poco más.

Sabíamos que el agua, increíblemente pura y transparente se podía tomar, así que apoyamos nuestras manos en las ovaladas rocas lisas y bebimos directamente del río como lo hubiera echo cualquier cuadrúpedo, sin utilizar las patas claro, o las manos ya a esta altura lo mismo daba si eran patas o manos, si eran nuestras bocas o picos, mamíferos, aves o las lagartijas diminutas, símbolos de pura independencia que habíamos visto hace un momento en las rocas, la conexión con el entorno era total, divinamente total, sentí que en ese momento y lugar no importaba a qué especie pertenecíamos, no importaba nuestro lenguaje, nuestra piel, nuestra forma, solo me sentí parte de aquello.

Por lo general seguíamos el sendero ya marcado por los pasos anteriores, pero fácilmente lo perdíamos, por momentos caminábamos mojándonos los pies y por ratos, en que grandes piedras obstaculizaban el camino, lo hacíamos entre esos arbustos que tanto pinchan, abundantes un tanto más allá de las orillas del río.

Anduvimos un buen rato, y decidimos que pronto haríamos otra parada para hacer una especie de merienda cuando sin darnos cuenta, entre un gran matorral, vimos algo que nos sorprendió. Era algo distinto al paisaje que veníamos observando. En total silencio dimos con una enorme vaca negra azabache que ya había comenzado, aparentemente, a merendar. Con sus patas traseras remojadas en las aguas y las delanteras apoyadas en una especie de escalón, pastaba plácida, solitaria y confiada.



No es muy común para un bicho de ciudad estar en contacto con animales no-humanos, y personalmente tengo una debilidad por las vacas, creo que debe haber algo psicológico, una especie de culpa interna por un pasado negro que muchos llevamos, un pasado de consumidores de cuerpos ajenos, esa especie de culpa, que los que defendemos a los animales sentimos por no haber nacido veganos y educados con una cultura de respeto real hacia la vida de los otros animales.

Había llevado una cámara fotográfica, y no quería perderme la posibilidad de dejar estampado luego en papel lo que en mi memoria seguramente quedaría siempre.

Comenzamos a acercarnos con total sigilo, cada un puñado de pasos mejorábamos la vista, y sólo nos deteníamos a ver aquel acto, algo tan sencillo como magnifico, un fotograma de paz, la vida natural de lleno, un gran animal alimentándose de lo que prefería, sin cadenas ni rejas, sin piensos artificiales, sin aguas sucias para beber y sobre todo sin la pesada mano del hombre-explotador encima a diario.

Los minutos de reloj volaban pero la realidad era un tiempo congelado en una situación de belleza.

Dimos algunos pasos más y tomamos unas fotos, y alcanzó ese pequeño sonido de, vaya uno a saber qué pieza de la cámara, para que la residente de casa alzara su cabeza y se quedara mirándonos de frente, localizando nuestra breve distancia. No creo que la hayamos puesto nerviosa, pero tal vez quebramos su soledad buscada, así que dio media vuelta y comenzó a caminar por la orilla, en la dirección en la que nosotros llevábamos, o sea alejándonos cada vez más de la entrada.

Volvimos al sendero y comenzamos a caminar a su par, pero sin que ella pudiera divisarnos. Como dos niños que persiguiendo una mariposa se alejan de sus padres, seguimos a la vaca sin saber a dónde íbamos.

Nuestra mirada sólo iba pegada a ella, no nos interesaba otra cosa que vivir por un instante, un día, un momento de su normalidad. Creo que uno realiza movimientos mentales con ciertas conexiones y apercebimientos de ese tipo que conllevan a razonamientos o a simples conclusiones y aprendizajes *a posteriori*, o tal vez ingenuos dejemos aquello como sólo un gráfico a olvidar; yo prefiero lo primero.

Pero al no desviar las miradas de aquella hermosa vaca madre, ya que notoriamente sus ubres rebalsaban de leche para algún ternero, no nos dábamos cuenta que nos habíamos sumergido en un paraíso visual aún mayor, ya que al llevar nuestras miradas hacia adelante, guiados por algunos ruidos que desestabilizaban la calma, dimos con el resto del grupo.



Unas tres o cuatro vacas madres más, y no menos de seis terneros que entre leche y pastos estaban engordando sus jóvenes estómagos.

Nosotros todavía estábamos sobre el camino, que en ese trecho se extendía por un nivel más alto a la explanada de arena en que a las orillas se encontraban las vaquitas del Quilpo.

Dejamos nuestros bolsos en el piso y comenzamos lentamente a acercarnos, nos íbamos escondiendo detrás de las plantas, como si fuera que no se hubiesen percatado de que estábamos allí mirándolas, es esa torpeza humana el pensar siempre que somos más listos que cualquier otro.

No sólo que sus enormes ojos ya nos habían ubicado, jugando a las escondidas agachados detrás de aquellas pinchudas matas, si no que de seguro nos habrán olfateado u oído. Pero aún así para gran sorpresa nuestra, no parecíamos incomodarlas ni generarles desconfianza, nos ignoraban completamente. Sólo por algunos lapsos las madres nos echaban un vistazo para controlar, supongo, nuestros movimientos, los cuales en ningún momento se hacían bruscos o rápidos.

No me voy a olvidar nunca de ese concierto de armonías, mis retinas tienen frescas hoy las imágenes y el clima de ese cuadro de vida.

Quisimos no ser menos, y decidimos que ése era el momento ideal para hacer nuestra nueva y breve ingesta, tomar lo que quedaba del jugo y acompañar el ma stique rumiante con unas galletas dulces integrales.

Creo que fácilmente estuvimos una hora y pico observando sus movimientos, viendo como las madres más pesadas recostaban sus kilos sobre la sombra, como los terneros jugaban, a veces bebían la fresca agua del río, o cómo otros pequeños se alimentaban mamando (era tan normal, tan simple y ameno aquello, que me parecía aborrecedora la cultura de que una mujer o un hombre quieran y puedan tomar esa leche, de esa otra especie, leche fabricada por esas madres para esos hijos) y cómo una vaca, al parecer por su deteriorado pelaje, más vieja que el resto, no dejaba de observarnos, con confianza llevada por nuestra quietud, pero manteniendo la seguridad del grupo en todo momento.

Pensé, tal vez un poco egoístamente, que podía llegar a acariciar alguna de ellas, así que muy lentamente en la misma posición de sentado en la que estaba, comencé a arrastrarme, avanzaba milimétricamente hasta que habré llegado a un metro de una que pastaba sin dejar de mirarme de reojo. Estaba muy emocionado, pensé que estaba por cumplirlo y lograr esa comunicación casi afectiva, pero que tontería ¿no?, al estirar mi brazo hacia ella, levantó su cabeza y se alejó escasos metros de mí, para seguir comiendo. ¡Claro! Aquellas vacas no necesitaban de mi cariño, ni de mis caricias, ni de ningún tipo de gesto sentimental que yo pudiera brindarles, y supongo que no sería por odio, (creo que ésta es sólo una cualidad de nuestra especie) si no comprensivamente porque no les interesa. Tampoco podrían comprender la culpa que yo sentía, por ser parte, un día, de ese grupo que pensaba que sus vidas nos pertenecían y sus fines eran abastecernos, o alimentarnos. Culpa que mi inconsciente querría aliviar, torpemente, con unas caricias pasajeras, no creo realmente en ese resultado.

Ellos definitivamente no necesitan de nosotros para poder vivir, para poder desarrollar sus existencias con normalidad y naturalidad, muy por el contrario ellos necesitan que dejemos de intervenir.

Como lo que menos queríamos hacer allí era molestarlas o quebrar su tranquilidad, desistí de mi acercamiento y volví al lado de mi hija a seguir disfrutando el mágico momento.

Me era muy atípica la situación, estar comiendo bajo el sol en un entorno alejado por completo del pueblo más cercano a unos 6 Km., rodeado por sierras, un río hermoso y una docena de seres vacunos que sin alterarse por nuestra presencia continuaban su actividad diaria sin temernos en absoluto.

Soy una persona un tanto simplista y realista que no cree, o tal vez no comprende, lo incierto, lo que no se puede comprobar con la ciencia, la química, la física, las matemáticas, no soy amigo de los raros fenómenos, de la astrología o aquellas teorías no palpables ni soy devoto de deidades omnipresentes, pero sentía en ese momento que había un lazo entre esos animales y nosotros, creía, que tal vez comprendieron que no éramos de esos

depredadores que nos podríamos lanzar hacia sus gargantas a tratar de desangrarlas y desplomarlas para alimentarnos, porque creo yo, que quien se jacta de llamarse carnívoro u omnívoro y quiera comerse un animal de éstos debería usar sus garras y colmillos para poder hacerlo de forma natural, o ¿cómo se explicaría que consideremos eso sea parte de la normal cadena alimenticia humana, si no pudiéramos hacerlo de esa manera?

En la profundidad de mi pensar, en esos momentos, pensaba que ellas sabían.

Era impactante para uno; que convive con la problemática del mal-estar animal, con datos e imágenes de sus manipulaciones, con estadísticas de sus explotaciones, con el conocimiento que todo el que siente la defensa de los derechos animales como propia, tiene sobre la injusticia a la que se los somete; ver tanta “libertad” en ese grupo vacuno.

Para los que no convivimos en un medio natural, ni tuvimos la posibilidad de tener una convivencia cerca de otros animales en alguna situación, disfrutar de observar por ejemplo ese lazo entre madres e hijos/as, el ver como los pequeños buscan mamar, el que darse cuenta de que todos se cuidaban entre todos de cualquier posible peligro, el plano que ofrecían a nuestros ojos esos pesados animales bebiendo agua del río, refrescándose, pasando sus horas recostados bañándose de sol, o sombra. Todo era muy pacificador y extremadamente perfecto... tal vez demasiado.

Como dice el dicho, “no todo lo que reluce es oro”. Seguramente esa imagen de beldad que había formado no me dejaba ver detrás de la escena. El encantamiento en el que había sido sumergido, había entorpecido mis sentidos y mi desconfianza habitual, mi sistema ciudadano de precauciones constantes estaba entonces deteriorado, hasta que el hechizo tuvo que romperse. La realidad te da un cachetazo, y otro, y otro en caso de que no puedas despertar. A veces la realidad se vuelve demasiado cruda, y aún así hay perezosos que quieren seguir enceguecidos.

Parecían minúsculos, parecía no molestarles, podrían pasar desapercibidos ante cualquiera, de hecho lo habían sido para mí hasta ese maldito momento de lucidez, momento que odié. Eran sus orejas, sus erguidas orejas salientes hacia los laterales, los trazos circulares que formaban un óvalo delineándolas, se interrumpían en la parte inferior por un corte, un corte también oval hacia el centro de la oreja, un corte muy parejo, ya cicatrizado, que casi parecía propio de sus anatomías.



Me sentí terriblemente mal en ese instante, sentí que el cuento, casi para dormir a un niño, que había armado en mi mente hasta ese momento, tenía un final inesperadamente trágico.

Era una marca, la marca que el dueño real de sus vidas (digo real en forma en que la moral, las leyes y la opinión de toda una sociedad lo ve, no la justa y verdadera) ponía para

identificar “su ganado”. Para mostrarles a los demás que esos seres eran “su propiedad”, estaban bajo “sus intereses” y nada ni nadie podrían desmentirlo.

Rápidamente, expliqué a mi niña lo que había descubierto y su horrendo significado, la cual respondió sin sonido alguno pero con un gesto de su carita todo lo dijo.

La “libertad” en ese grupo vacuno, que comentaba antes, era por fin una especie de “seu-do-libertad” o una libertad aparente . En conclusión, no era libertad.

No alcanza a ser libertad el no tener rejas a los lados o grilletes en los tobillos, no es libertad el poder pasear nuestros cuerpos por una prisión enorme, no somos libres por no ver al carcelero, no es libertad si poseemos un valor monetario, no si nuestro destino está en manos de un tercero, ni lo somos por tener acceso al agua, la comida o relaciones con nuestros pares, no poseemos libertad si tenemos el calificativo de “cosas”, si nuestro final no será el que nuestras vidas y nuestros intrínsecos intereses dictaminen naturalmente; no somos libres.

Tal vez hay personas que no pueden ver detrás del velo, tal vez nunca se les caiga, o tal vez alguien quiere que ese velo jamás caiga.

Referencias para la lectura:

- ✚ El Río Quilpo se encuentra a unos 4Km. del centro de San Marcos Sierras, en la provincia de Córdoba.
- ✚ Estos hechos transcurrieron promediando el mes de Septiembre del año 2008.